



ómo enamorarse de un extraño

*Juan David Restrepo**

Esto no es ciencia exacta, sino más bien puro escepticismo filosófico. No es casualidad, sino más bien un tipo de suerte literaria. Casualidad urbana, cotidiana: tiene que ver con la hora del día y el nivel de tráfico que haya en el centro de la ciudad. No existen reglas, no hay exclusividad ni ningún tipo de elitismo. Le puede ocurrir a cualquiera que esté pensando lo que se tiene que pensar y que esté atento a la velocidad del viento y el murmullo de las señoras que llevan las legumbres y la carne para el almuerzo en su casa.

No hay necesidad de comunicación, ahora, no piense usted que esto no entra, porque al fin y al cabo es a donde se quiere llegar, pero todo empieza por un juego de miradas. El lugar puede ser cualquiera, la plaza Botero en el centro, el Coonatra a las 7:45 a.m. llegando al Palo con La Playa, el primer día de clase o algún café que tenga la fortuna de tener un público variado,

* Estudiante de séptimo semestre de Filosofía y de primer semestre de Estudios Literarios de la Universidad Pontificia Bolivariana (Medellín).
Correo electrónico: juan186405@gmail.com

Artículo recibido el 9 de agosto de 2013 y aprobado para su publicación el 18 de octubre de 2013.

un público un poquito triste, un poquito solo y sediento de emociones, como aquellas que lo invaden a uno cuando se siente la aproximación labial, cuando los ojos se van perdiendo en los pequeños detalles de los cachetes y la nariz, y plaf, una oscuridad iluminada por esa sensación de victoria que se presenta en la parte superior del estómago, donde aletean las mariposas. Allí reside el verdadero corazón humano; pero espere usted, querido lector, no nos afanemos, esto es poquito a poquito.

No importa el estrato o la carrera, las afinidades musicales o la sala de cine a la que le gusta ir a no mirar la película, sino la mano extraña de aquella compañía que usted quiere hacer suya, pero venga, venga, usted lector, todavía no piense en citas ni horas de encuentro, que si en la fuente o en la entrada principal, eso es después. Como dije al principio, esto es un juego de miradas, de verla allí parada en la esquina del parque del Poblado, aquella que queda al frente del Guapo, de empezar por los pies, los tenis, o los dedos y, de ahí para arriba. Mientras uno recorre su figura, la mente va recitándose a sí misma un tipo de hechizo que lo va enredando a uno hasta que se choca con una sonrisa, un rostro maquillado, y, ¡ay que allí mismo el estómago se empieza a revolver! Estudiosos y doctores dirían: ¡eso es amor! Y yo digo que sí pero no, porque uno no sabe sino hasta que escucha el timbre de la voz, si es sensual y encantadora, o si es brusca y dominante, cada quién con su gusto personal, pero no obvie usted el hecho de que esa pequeña atracción no toma en cuenta timbres, léxicos o gestos comunicativos, porque usted no lo sabe, pero el cerebro se encompincha con el corazón y ambos lo obligan a que usted sienta que desde ya está empapado de ese perfecto extraño.

Luego la ve alejándose, y la tristeza comienza a nublar su uso de razón, pero no se me achante, eso hace parte de la vida, recuerde usted esa vez que se montó en el bus, cansado, con ganas de un plato caliente y la posibilidad de que, cuando llegue, estén dando el programa de televisión que a usted le gusta, o en su defecto las noticias, que distraen a cualquiera; usted se monta primero y procura buscar un asiento en el lado que no pega el sol del mediodía y, ya sentado y distraído, la ve montarse a ella, tan inocente, tan ella y ajena, pero uno no puede resistirse a hacerla objeto de la imaginación; desesperada apropiación sentimental, ella es la novia que uno se sueña, la que se revuelca en la cama y le pregunta a uno: ¿cómo te fue hoy querido? Y uno feliz dice: Bien, te pensé de venida, ese Belén 172 tan demorado y yo ansioso por ti. El parpadeo lo devuelve a uno a la realidad y cuando uno se fija ya no está, y el amor tan puro que nació de la nada, desapareció en el todo.

Se va alejando en la noche y uno maldice la vida porque ella no voltea a mirar hacia atrás, uno la sigue hasta que doble en cualquier esquina o pase algún semáforo, y no mira y uno aburrido, pero no se estrese usted lector, eso es la vida, más aún, eso es el amor más puro, sí, ese que empieza con una mirada y termina en las curvas de una espalda. Nada de besos o abrazos, caricias, celos o reclamos, el amor puro es el que calla y observa, el que deambula en la libertad y en el misterio de unos dientes que adornan una sonrisa ajena. Todos somos extraños, todos somos complejas máquinas sentimentales que se rinden ante el más simple gesto que sugiera seguridad, calor, tacto.

Como dije al principio, causalidad en la cotidianidad, noches urbanas, la luz de las lámparas que iluminan esa recóndita soledad, todo se tiene que prestar, señor lector, esto de enamorarse de un extraño no se da así al azar, y usted, que ahora está leyendo este último párrafo, recuerda a todos esos extraños que han pasado por su vida, y de ahora en adelante buscará con atención cada mirada con la que se cruce, hasta que cualquier día, cuando en RCN estén dando el comercial de la nueva telenovela, usted choque con esa mirada que todo el tiempo que anduvo perdido, lo estuvo buscando.